



Tres poetas médicos mexicanos de la era moderna

Enrique Cárdenas de la Peña*

... ¿es que uno nunca es uno cuando está delante de los demás, o es que uno es sólo uno cuando está delante de los demás?

*Una noche en la historia del mundo—
De: Tuyo es mi reino. Abilio Estévez*

Introito

Sin caer en la discusión sórdida, más bien diálogo, centrado en el aclarar si los poetas médicos son quienes han colgado los trastos profesionales de la medicina para dedicarse a labrar cuartillas bien combinadas, y si a su vez los médicos poetas sólo muy a hurtadillas, en ocasiones críticas, responden a su vena dizque poética, esta noche quiero rendir homenaje a tres conocidos míos a quienes tuve oportunidad de espiar de lejos o de atisbar de cerca, muy a la deriva, con el intento de no perder esa su cosecha recia empapada en dolor y sangre, obligadamente dentro de su retraimiento y su desgaste anímico. Debo advertir que a un amigo, Fernando A. Navarro, en su regío discurso de ingreso a la Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas, intitulado *Viaje al corazón de uno mismo. ¿Por qué demonios escriben los médicos?*, desde luego la separación a distancia le parece artificiosa, sobre todo cuando se encuentran ejemplos como el de Gregorio Marañón y otro más —que

no por ello distan de ser excepciones— donde se ha sabido mantener un equilibrio admirable entre sus ocupaciones médicas y literarias. Lo usual es hallar los extremos: un Pío Baroja en el disfrute de su prosa casi siempre vernácula, aunque no se despegue de la práctica médica durante toda su vida, o un Santiago Ramón y Cajal, embebido de continuo en su monumental e impresionante obra científica, aunque no se prive de entregarnos sus *Charlas de café* o *El mundo visto a los ochenta años*.

Composición

Dejemos pues esta ruptura y vayamos al grano. He escogido, dentro de los tres ejemplos que expongo a vuestra consideración, en primer término a Elías Nandino, desaparecido ya, a quien todavía conocí cuando ejercía como ginecólogo en nuestra ciudad; después, a Enoch Cancino Casahonda, que si frecuente andares políticos halla en registro dentro de los individuos correspondientes de la Academia Mexicana (de la Lengua); y a la postre a Ricardo Pérez Gallardo, cirujano, según supongo, ya maltrecho por la edad, quien tuvo el mérito de ser uno de los fundadores de la Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina. Aclaro anticipadamente que mi visión acerca de cada uno de ellos debe considerarse, en obvio de tiempo, sumamente restringida: un boceto, un vislumbre, una especie de gota de rocío dentro de su obra múltiple que aquí es casi una muestra. Veamos a cada quien.

* Academia de la Lengua. Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina.

Recibido para publicación: 05/03/06. Aceptado: 30/03/06.

Correspondencia: Dr. Enrique Cárdenas de la Peña
M.A. de Quevedo 962-304, Coyoacán, 04000 México D.F.

Elías Nandino. Nace y muere en Cocula, Jalisco, 1903-1993. Dirige la revista *Estaciones* e, incansable hacedor de una poesía sutil, fina, cincelada, que maneja con asombroso empeño, enamorado de la muerte y de la noche en sus

Nocturnos, exprime su sensibilidad y la coloca a flor de piel. De tanto girar las palabras, las decanta, las perfila, las angustia en el sitio exacto del pensamiento, donde hiere nuestras fibras más íntimas. Tal vez canta un amor desolado y un noble desaliento. Tras sus décimas y sonetos cincelados, en *Nocturna suma* descubre una queja silenciosa. Desenvuelve su lira en *Nocturno día*, *Nocturna palabra*, *Eternidad del polvo*. Obtiene el Premio Nacional de Ciencias y Artes en Literatura, 1982, y en sus últimos años, refugiado en su pueblo natal, dedica su tiempo a la práctica de una obra social verdaderamente humanitaria.

De él retorno *Un beso*, poesía dedicada y tierna, y la expresión más última, prefacio a su libro *Cerca de lo lejos*, así nombrado:

Un beso

Un beso en la boca
Despierta otro beso
Y mueren los dos en un
Eco...

Un beso en los ojos
Arranca una lágrima
que tímida rueda
y se acaba...

Un beso sin beso
es un deseo
que siempre se queda
en el alma...
¡Yo prefiero besarte
sin besos
y dejar el deseo suspendido!

Cerca de los lejos (como pensamiento de muchos)
en el tiempo sin tiempo que demoro
orillado al acaso
donde el hombre consume su naufragio:
me interrogo en silencio y analizo
lo que queda de mí, lo que me apoya
para impulsar mis últimos arrestos.

Mi cuerpo es el sepulcro en el que escondo
los fósiles instintos
que como peces ciegos
torpemente se mueven en mi sangre,
Soy lo que ya viví, lo que se ha ido
y persiste envainado en mi memoria:
arena seca, testimonio exacto
de que por ella transitaba un río.

Soy amor hecho garras,
añejo cementerio de recuerdos,
un hombre que sin rumbo
prosigue resbalando cuesta abajo
sin que nada ni nadie lo detenga.

Pero,
a pesar de la carga de los años,
permanezco enamorado de la vida
y a la vez de mi muerte:
simbiosis en que fundo mi existencia.

Al borde del peligro,
casi al filo
del silencio absoluto e infinito,
me pregunto a mí mismo:
¿Qué, me retiene aún en este mundo?
¿Cuál será la razón porque subsisto?

Reflexiono... y encuentro que la única,
la que me impide abrir la *puerta falsa*
para huir accionando a *sangre fría*,
la que aún me permite amar las rosas,
asomarme a los ojos de los niños,
palpar la adolescencia
de las huyentes ondas de los ríos
y, en las tardes, beberme los crepúsculos
con avidez, en último arrebató:
Es estrictamente, la esperanza insosegada
de acabar de expresar mi poesía.

Ella es la que me arraiga en esta tierra,
la que me incita a contemplar el rostro
el cielo, por las noches,
y abarcar un sinnúmero de estrellas.
Ella es la que me infunde, todavía,
el deseo de engarzar las palabras
una a una, abusando que se impregnen
de mi embriaguez de cósmica energía.

Al vivir mi esperanza olvido todo
para entrar en el orbe del lenguaje
a descubrir su intimidad desnuda,
y poderles donar a mis vivencias
la metáfora exacta
o el hallazgo adecuado de una imagen.
La riqueza mayor que yo concibo
se basa en alcanzar que mi poema
exprese, comunique
mi inquietud metafísica, mi asombro
ante la inmensa bóveda celeste
donde la luna, astros y planetas
avanzan suavemente,
como barcos de luz
que desde otro lejano firmamento
navegan y hacen rumbo
hacia la rada de mi pensamiento,
y mi duda, la duda inquebrantable
que construye y que derrumba
dioses y mitos, dogmas y teorías,
hasta hacerme rodar en las tinieblas
como gota de lumbre en agonía.

Ella es mi esperanza, lo que tengo
para llenar mis horas de monólogos,
a que fundida con mi pensamiento
nunca me deja que me sienta solo.

Poesía inexpresada, que me remuerde
la conciencia como una deuda innata
que no me deja morir, ni vivir;
porque aún no he podido liquidarla...

Enoch Cancino Casahonda. Oriundo de Tuxtla Gutiérrez, 1928, es considerado como una de las ramas fundamentales del tronco poético chiapaneco a la vera de Rosario Castellanos y Jaime Sabines. Graduado en medicina, irrumpe en la poesía con estallidos fulminantes. Sin falsas pretensiones, hasta con desdén, cobija aparentes nimiedades, personajes modestos, quehaceres resignados. Para Alfredo Cardona Peña sus poemas “se leen y festejan como paisajes interiores y ventanas de campo en donde los temas de la muerte, del amor y de la vida —triángulo de eternidades— proclaman la verdad de una vocación

sin mácula”. En 1974 ingresa a la Academia Mexicana; Mauricio Magdaleno, autor de *El Resplandor*, responde su discurso inicial. *Su Canto a Chiapas* es premiado con la Flor Natural en los II Juegos Florales de Tuxtla Gutiérrez, 1949, por un jurado que podríamos llamar de lujo: Carlos Pellerín; Andrés Henestrosa y Rómulo Calzada. En 1956 obtiene el Premio Ciudad de México con *Perfiles de barro y Juárez*. Entre sus libros cuentan: *Con las alas del sueño*, *Estas cosas de siempre*, *Tedios y memorias* y, su más reciente selección, *Ciertas canciones y otros poemas*. Escogemos, así al acaso, un fragmento de *Fantasmas*, *Ser solamente* y, con justicia, su devoción al terruño, hoy en recuerdo como cuando en 1989, mientras políticamente alcanzaba la presidencia municipal Tuxtla.

Fantasmas

Cuántas cosas se quedan en la pluma
que no ejercita la obra imaginada,
cuánta cosa que fue, no siendo nada,
se marchó por la luz de una mirada,
cuántas sombras de amor,
que fueron sombras,
habitaron la casa abandonada

Ser solamente
la inquietud de la hormiga
buscando su hormiguero
y no llevarse a cuestras el universo
sino la hojita seca,
la migaja de pan,
una esquirla del hueso de la luna.

Canto a Chiapas (tierra hoy tan dolida)

Chiapas es en el cosmos
lo que una flor al viento.

Es célula infinita
que sufre, llora y sangra.

Invisible universo
que vibra, ríe y canta.

Chiapas un día lejano,
y serena y tranquila y transparente,
debió brotar del mar ebrio de espuma
o del cósmico vientre de una aurora.

... Y surgió, inadvertida
como un rezo de lluvia entre las hojas,
tiene como la brisa,
tierra como un suspiro,
pero surgió tan honda,
tan real, tan verdadera y tan eterna
como el dolor, que desde siempre riega
su trágica semilla por el mundo.

Desde entonces, Chiapas es en el cosmos
lo que una flor al viento.

Chiapas nació en mí
con el beso primero ñeque mi madre
marcó el punto inicial del sentimiento.

Chiapas creció en mí
con los primeros cuentos de mi abuelo,
en la voz de mi primer amigo
y en la leyenda de mi primera novia.

Desde entonces, Chiapas es en mi sangre
beso, voz y leyenda.

Y fue preciso
que el caudal de los años se rompiera
sobre mi triste vida solitaria,
como la espuma en flor, de roca en roca,
para saber que Chiapas no era sólo no,
para saber que Chiapas no era sólo estrella,
brisa, luna, marimba y sortilegio.

Para saber que a veces también era
la indescriptible esencia de una lágrima
algo así como un grito que se apaga
y un suspiro de fe que se reprime.

(Supe que Chiapas no era sólo el insomnio de la
selva
besando la palabra de los vientos
el río llorando epopeyas
en el torrente de las horas viejas...)

Percibí en ella
una sed insaciable de nuevos horizontes,
una ansia inconfesada de compartir su vieja voz
de arrullo,
Su triste voz
(triste como la imagen del indio
clavada entre la cruz de sus caminos).

Mas supe también que Chiapas era
el callejón aquel donde ladraba el tiempo
aquel olor a lluvia que cantaba
la santidad de nuestras almas niñas.

Y supe además, que a ratos era
una fiesta en el barrio,
el aroma infinito de una ofrenda
y una marimba desafiando al aire
profanado de cohetes y campanas.

¡Chiapas!
He de volver a ti como suspiro al viento,
como un recuerdo al alma.

He de volver a ti
como el cordero fiel de la leyenda
para ser una nota, que perdida,
rogué en la soledad de tus veredas.

Para ser “uno más” entre tus redes
tejidas con el hilo de incienso,
y beber el poema de tus noches
en la leyenda azul de tus marimbas.

Y cuando viejo, solo y abatido,
Se aproxime el final de mi existencia
Ha de besar tu tierra para siempre.

A esa bendita tierra
que cual ella me hiciera
con un alma de cruz y de montaña.

Ricardo Pérez Gallardo. Originario de México, Distrito Federal, nace en 1911 y desde edad temprana siente el retintín de la poesía en su mundo y en su verbo interior, lo que lo conduce a obtener triunfos sucesivos en las Flores Natu-

rales donde participa, en particular el botón de dalia en Taxco, 1972, por el relato en verso *La epopeya del barro*, que en suma de galardones cosechados demuestra su felicidad poética creativa. Sensitivo, emocional, decanta bellamente las líneas que planea con inspiración inusitada. Con frasco de cadencia singular, también se ocupa en publicar una *Antología de escritores médicos mexicanos* única hasta ahora. Inquieto, cuidadoso en guardar cuanto de literario pueden abarcar los médicos, con espíritu de grupo es uno de los fundadores de la Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina, y director creativo de la Asociación Mexicana de Médicos Escritores en 1975 con colegas de la talla de Rubén Marín, Juan Alberto Sanén, Gonzalo Peimbert Alcocer, Francisco Fernández del Castillo, Carlos Vejar Lacave y otros más, infortunadamente idos. De su cosecha resaltan *Los peregrinos del sueño*, *Los dones desterrados* y *Animal en fuga*. Cae un fragmento de Nocturno, y el grato sabor de boca transmitido por su trova más conocida:

Nocturno

Suntuosos velos de novia
las nubes están tejiendo
y lucen de plata antigua
los montes y los potreros.
¡La noche está engalanada!:
brillan los pinares viejos,
brillan los cauces del río,
brillan también los senderos! ...
y nadie quiere mirarlos,
nadie se ocupa de ellos.

¡Qué derroche de belleza!:
los hombres están durmiendo
Esta soledad agreste
Que huele a clavo y romero,
se va metiendo en el alma
con su ronda de luceros.
¡Y es para mí todo el campo,
y es para mí todo el pueblo,
que sólo yo sé mirarlos
bajo la luna de enero! ...

La epopeya del barro

En las manos de los hombres
el lodo cobró vida y se hizo forma,
y se hizo verso... y se hizo canto.

En el amanecer del mundo,
en la clavada leyenda de los tiempos arcaicos
el hombre sintió su soledad
porque el mundo le era adverso
y le era extraño.

Un día se detuvo, transformó su pensamiento
y se hizo humano.

Dejó entonces la honda vagabunda,
dejó de ser un átomo errante y solitario
se le metió el paisaje en las pupilas
y se quedó enclavado
en un rincón de la montaña
para mirar el vuelo de los astros.

ASÍ FUE. En el desfile de noches infinitas
y de días infinitamente largos,
aprendieron los dedos intranquilos
el lenguaje escultórico del barro.
Sentía el hombre un impulso creador
y lo ignoraba.

Se estremecían sus manos
en el lodo, lo amaba voluptuosamente
con ansia febril de enamorado,
y era placer acariciar la tierra dócil
como a la hembra que vivía a su lado.

Surgió la forma inesperadamente,
modelada en barro,
convertida en gozo y en promesa,
El hombre demiurgo la había creado,
Pero sus esculturas
y todos sus esfuerzos eran vanos:
el polvo volvía al polvo
y la forma se fugaba de las manos.

Discurrieron siglos de inútiles proyectos,
eternidades de estériles ensayos,
hasta que se hizo realidad el mito

y el hombre, en posesión del fuego realizó el
milagro:
la forma se hizo perdurable,
y pudo escribir para todos los tiempos
el lenguaje del polvo modelado.

Desde entonces los anónimos artistas
cuántas obras bellas realizaron,
cuántas ansias infinitas
en la arcilla aprisionaron,
Cuántas cosas aprendieron
Que jamás nunca soñaron.
¡Oh, la euritmia de las ánforas!
¡Oh, la sed inextinguible de los vasos!
¡Todo un mundo que se fuga en
estatuillas!
¡Todo un río en el vientre de los cántaros!
¡Mil ensayos para lograr una vasija!
¡Mil vidas para forjar un incensario!
Y no bastaba eso,
algo faltaba en la desnudez del barro.
¿Cuál sería el artista primitivo
que tuvo la osadía del primer trazo?
¿Cómo se gestó la greca?; ¿de qué raíces
del instinto
surgió el dibujo ante los ojos asombrados?

Imagino el placer de esos orfebres
amasando con la tierra un mundo de
formas no soñado;
la alegría material transparente
de saber que se está creando,
de sentir cómo surge algo nuevo cada día
en la fiebre alucinada de los dedos embrujados
¡Yo imagino la sorpresa
y el arrobo infantil e inesperado,
al mirar increíbles fantasías
que de la nada van brotando!
¡Y pienso que nunca los hombres han sentido
el gozo que sintieron en los tiempos arcaicos
cuando por vez primera la pasión creadora
hizo latir sus corazones exaltados!

Y es que se abría para ellos,
afiebrados,
un mundo al que de pronto penetraban
como audaces gambusinos ávidos
para asaltar el bajel de las auroras
y llevarse el Vellochino conquistado
¡Odisea sublime de los anónimos artistas!
¡Inefable Iliada de los orfebres ignorados!
¡No hubo nunca un rapsoda que cantara sus an-
helos!
¡Ningún trovero siguió la huella de sus pasos!

Y sin embargo,
en la cerámica está escrita
la tremenda historia del pasado,
porque todos los pueblos, en todas las edades,
aprendieron el lenguaje del barro
y la forma se hizo alquimia
entre sus manos.

Esta fue la apoteosis
del lodo despreciado,
la oración franciscana de la tierra,
¡la epopeya magnífica del barro!

Remache

He querido presentar tres engarces: el de la expectativa de muerte, el del rincón donde nacemos, el de la arcilla de la cual estamos impregnados. En una sola esfera girante, la del existir que no es sino luz y sombra, principio y fin. Y asomarme con tales engarces al grave y eterno confín del poema médico. Una poesía con los médicos en los aires, las nubes, el rodar de los astros. Aquí estamos adheridos a ella, dentro de un conocimiento donde somos más etéreos, mayormente ideales, tal vez esperanzados en un futuro más sencillo y más alcanzable, pero también más deleznable.